

El señor del Mal

Josu Díaz García

Ilustraciones
de Puño



Finalista
PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

sm

EL BARCO
DE VAPOR



Primera edición: febrero de 2014

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carla Balzaretto
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Josu Díaz García, 2014
© de las ilustraciones: David Peña Toribio (Puño), 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Llegó de las Tierras Oscuras del Este vistiendo sus negras ropas y hablando su negro idioma. A una señal suya, el negro dragón sobre el que iba montado incendió nuestro pueblo. Muerte al Señor del Mal.

Esto es lo que escribían sobre mí, y ahora yo os voy a contar mi versión de la historia.

● 1

UN PEQUEÑO ERROR

ES MEJOR QUE NO OS DIGA mi nombre. Sería imposible, para muchos de vosotros, pronunciarlo en vuestro idioma sin dañaros las cuerdas vocales, y no quiero que corráis ese riesgo. Hace falta bastante práctica para hacerlo, y me sentiría culpable si algún padre o madre humano perdiese su voz al intentar leer esta historia a su hijo antes de dormir.

En mi niñez, mis padres no hicieron nunca algo así, ya que crecí sin conocerlos, en la tierra de los orcos. La única sensación parecida a esa que pude tener fue con mi sirviente, aunque la verdad es que después...

Pero no adelantemos acontecimientos. Y para reservaros alguna sorpresa, voy a contar los hechos en el mismo orden en el que yo los viví.

Aunque no sepáis mi nombre, sí puedo deciros que soy una mezcla de humano y orco. Soy

más alto que los humanos pero más bajo que los orcos, tengo los colmillos inferiores más largos que los humanos pero más cortos que los orcos, mi piel es más oscura que la de los humanos pero más clara que la de los orcos... Depende de quién me defina, podría decir que tengo lo mejor o lo peor de cada una de estas razas, aunque la mayoría de la gente suele decidirse por la segunda opción.

Siempre he vivido entre orcos, esos seres que los humanos consideran sucios, violentos y monstruosos.



Los orcos me enseñaron su idioma, me vistieron con sus ropas y me educaron según sus tradiciones. Y la verdad es que yo me siento muy orgulloso de ello, a pesar de haber sufrido el desprecio de algunos de mis compañeros. Mi vida no ha sido fácil.

Vivía con un sirviente. Era un orco común, al que le faltaba el dedo anular de la mano izquierda. Este tipo de heridas eran muy habituales entre los habitantes de mi pueblo debido al trabajo en las minas, las violentas peleas y los





deportes típicos como las carreras entre estacas afiladas, el triple salto de precipicio o el lanzamiento de cuñados.

A pesar de todas las cosas negativas que había oído de los humanos, pocos días después de cumplir la mayoría de edad decidí volar con mi dragón hacia el Oeste para conocer la otra parte de mis orígenes, y saber así un poco más sobre mí mismo. Los primeros humanos que me vieron huyeron entre gritos de terror.

Al cabo de un rato vi un poblado y me dirigí hacia él. En cuanto me posé en su plaza central, varios guerreros salieron armados con espadas y arcos, observándonos de manera amenazante.



Me miraron mal por el lugar de donde venía.
Hasta yo sé que no se puede pensar que alguien
es malo por el lugar de donde proviene.

Me miraron mal por mi ropa.

Hasta yo sé que no se puede pensar que alguien
es malo por su vestimenta.

Me miraron mal por mi idioma.

Hasta yo sé que no se puede pensar que alguien
es malo por la lengua que habla.

Mi dragón empezó a ponerse nervioso y yo
le acaricié la cabeza. De repente, lanzó una boca-
nada de fuego e incendió todo el pueblo.

Hasta yo sé que no se puede pensar que alguien
es malo porque estornude cuando se pone nervioso.

Alzamos el vuelo entre una lluvia de flechas de los humanos.

-Lo siento -me dijo mi dragón, agachando la cabeza y mirándome con sus habituales ojos tristes.

-No pasa nada -le respondí. Yo también estaba un poco nervioso.

Ese día, para los habitantes de las tierras del Oeste, me convertí en el Señor del Mal y todos empezaron a odiarme. Después de un tiempo comprendí que un enemigo común como yo era beneficioso para los humanos, que siempre estaban intentando buscar uno, ya que con eso

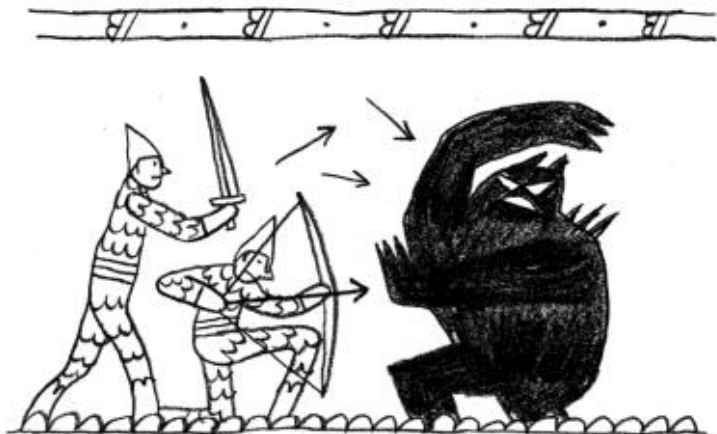


se olvidaban más fácilmente de los problemas que había entre ellos.

Mi dragón podría haber acabado con todos ellos, pues sus armas no eran capaces de atravesar sus escamas, pero tanto él como yo decidimos no hacerlo. No teníamos ninguna razón para odiarlos.

Y los humanos escribieron:

Pero el Señor del Mal se asustó cuando nos enfrentamos a él con nuestras potentes armas y nuestra valentía.





● 2

MI TIERRA

CUANDO VOLVÍ A MI ÁRIDA y calurosa tierra, me tranquilicé al comprobar que allí la vida continuaba como siempre.

Los orcos salían de sus cuevas y se dirigían a sus trabajos.

Vivíamos en cavernas porque estas nos hacían menos vulnerables a los ataques de nuestros enemigos. Y además creíamos que las cuevas no alteraban tanto el paisaje como las casas de los humanos. Solo había un edificio vertical, la Gran Torre, en la que vivía nuestro líder, alejado del resto de nosotros.

Los orcos encargados de nuestra alimentación salían a cazar, los encargados de los niños los educaban y los encargados de construir nuestros hogares excavaban en las montañas. Yo trabajaba con estos últimos.



Cuando empecé no me resultó fácil acostumbrarme a ese trabajo, ya que ellos eran mucho más fuertes que yo, pero a base de esfuerzo y experiencia conseguí hacerme un hueco entre los obreros. Me ocupaba de recoger los escombros: era basurero.

Al regresar de la excursión, me bajé de mi dragón y fui a la cueva que me correspondía. Llegaba tarde, como siempre, y sabía lo que eso significaba.

En cuanto entré en la cueva fui recibido por un latigazo. Mi jefe utilizaba esa técnica para motivarnos. No me quejo porque, según me han



dicho, los jefes de los humanos son mucho más crueles.

–Llegas tarde. ¿Dónde estabas? –me preguntó.

–He estado volando sin rumbo fijo –le contesté.

–Con tu dragón, claro. ¿No puedes ser un poco más normal?

Yo era el único que montaba en un dragón. Cuando era un niño, lo encontré con su pata atrapada en un cepo y los ojos tristes. Conseguí liberarle de la trampa, pero no de la tristeza. Me contó que sus compañeros lo abandonaron a su suerte cuando quedó atrapado. Por eso no

confiaba en nadie y se ponía nervioso con los desconocidos. Los orcos siempre lo habían mirado con desconfianza, como a mí. Nuestras vidas tenían muchos puntos en común y por eso se había convertido en mi único amigo de verdad, casi un hermano.

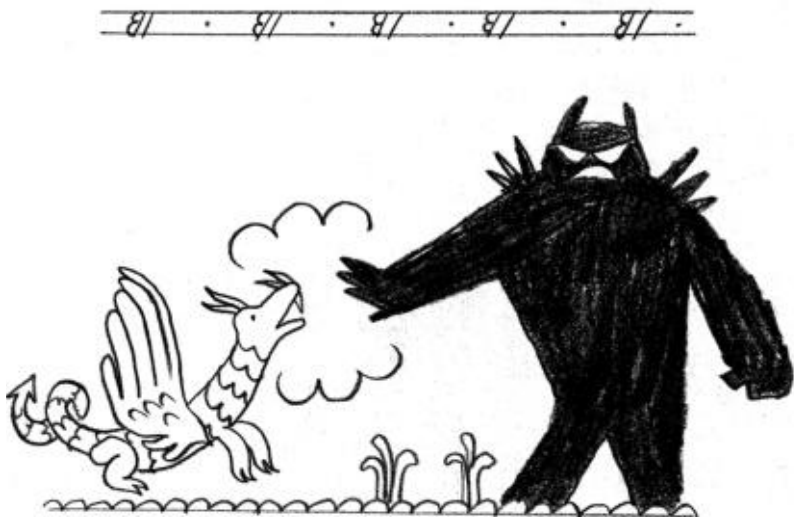
–Eres una vergüenza para todos nosotros –dijo mi jefe–. Nunca servirás para nada más que para recoger piedras.



–Recoger piedras no está tan mal... –respondí.
A mi jefe no le gustaba que le llevaran la con-
traria, así que se despidió de mí con otro latigazo.
Yo cogí una pala y empecé a recoger escombros.

Y los humanos escribieron:

*Hechizó a su dragón con su magia y lo mantenía
a su lado contra su voluntad. El Señor del Mal no
creía en la libertad.*





● 3

EL LÍDER

DESPUÉS DEL TRABAJO, la plaza central se llenaba de orcos que disfrutaban de su bebida típica. No voy a decir de qué está compuesta por si algún humano que esté leyendo esto acaba de comer, ya que los gustos gastronómicos de las dos razas son ligeramente diferentes. Me limitaré a decir que los murciélagos juegan un papel fundamental en la receta.

Un orco pregonero apareció en medio de nuestro pueblo corriendo, llevando una corneta en una mano y un pergamino enrollado en la otra. Tocó la corneta y todos nos reunimos delante de él.

–¡Atención! –gritó con una voz muy ronca–. Acabamos de recibir un mensaje de los humanos de un pueblo cercano a la frontera.

Empecé a ponerme nervioso. El pregonero desenrolló el papel, se aclaró la voz inútilmente y leyó.



–Hemos decidido declararos la guerra. Uno de vosotros, con la ayuda de un dragón negro, ha incendiado nuestro pueblo.

Algunos de los orcos se giraron hacia mí y me miraron.

–Sí, creo que lo he visto pasar por aquí hace un rato –mentí–. Y yo que creía que era el único que montaba en un dragón...

El pregonero siguió leyendo.

–No nos engañaréis con vuestros trucos aunque disfracéis de humano a uno de los vuestros para que parezca que estamos en guerra con nosotros mismos. Ese parecía un engendro.